

# El Symposium

Avelina Chinchilla Rodríguez

Image not found.

## Capítulo 1

Estoy a punto de embarcarme en un vuelo hacia EEUU, concretamente voy a Atlanta, a los Center for Diseases Control —que a partir de ahora denominaré simplemente CDC—. Me han invitado a dar una conferencia en el seno de un Symposium internacional sobre Legionella pneumophila. He estado muy atareada preparándola y deseo subir al avión cuanto antes y aprovechar el larguísimo vuelo transoceánico para dar las últimas puntadas y ultimar todos los detalles de mi comparecencia.

Con franqueza, la idea de ser el centro de atención, aunque tan solo sea por unos minutos me pone muy nerviosa. Tengo que explicar las conclusiones de mi trabajo a un montón de estupendos científicos del mundo mundial; a buen seguro que ellos saben tanto, si no más que yo misma, a cerca del tema en cuestión.

El vuelo marcha con retraso y la desesperación comienza a hacer mella en mí. Viajo sola, pues nadie de mi equipo ha podido permitirse el lujo de pagarse un viaje semejante —la invitación solo ha sido para mí por ser la conferenciante— y mi marido no puede desatender su trabajo durante los días en los que tengo programada mi estancia. Por otra parte, yo no puedo renunciar a semejante oportunidad sin correr el riesgo de menoscabar mi prestigio profesional, por cierto más escaso de lo que yo seguramente creo y deseo.

Mi relación con los CDC había comenzado —de manera nefasta, por cierto— hace casi tres lustros, a mediados de octubre de 2001, apenas unas pocas semanas después de los atentados del 11S. En aquella ocasión viajaba para comenzar a trabajar en la beca que me habían concedido. El programa de la beca consistía en el estudio de la capacidad de diferentes colonias o tipos de Escherichia coli para adherirse a los epitelios de las vías urinarias y causar infecciones —sí ya sé que este asunto, como tema de conversación no da mucho de sí, pero es lo que hay—.

Como es natural, yo ya había trabajado en ese proyecto en España y contaba con poder utilizar mi propia colección de cepas para continuar las investigaciones. De no ser así hubiera tenido que partir de cero y hubiera perdido meses y meses de trabajo.

Yo sabía que llevar los viales con las bacterias liofilizadas —eso sí, precintados como es debido—, a pesar de su completa inocuidad, no era del todo correcto. Hubiera necesitado un permiso que todos mis colegas me habían desaconsejado solicitar, pues era denegado a los extranjeros de forma sistemática.

Sin embargo, no contaba con la sicosis creciente en los EEUU, tras los recientes atentados, y con las fuertes medidas de seguridad que se habían implantado en todos los vuelos, en especial en los procedentes del extranjero. Al pasar por el control de aduanas, me registraron el equipaje de mano y los agentes quedaron perplejos al hallar los viales aquellos conteniendo un polvo blanquecino con un aspecto tan similar a aquellas esporas de ántrax sobre las que habían corrido ríos y ríos de tinta.

Yo, a mi vez, también me puse lívida, cuando a empellones me entraron en un cuartucho, una vez en el cual, una funcionaria con cara de perro policía —más de perro que de policía— me hizo desnudar y me cacheo hasta el rincón más recóndito del cuerpo y del alma. Cuando vio que no escondía nada sospechoso en mis bragas, ni en otras interioridades que me ruborizaría pormenorizar, dejó que me vistiera. Entonces entraron sus colegas preguntando a voz en grito *What is this? What is this?*

Como quiera que mi inglés era más que rudimentario por aquel entonces, no supe cómo contestar. Traté de sacar mi acreditación, para que comprobaran que tan solo era una científica en busca de su oportunidad, pero cuando vieron que echaba la mano al bolso tres o cuatro policías me apuntaron a la cabeza sin ningún miramiento, pensando, a buen seguro, que pretendía sacar un arma. Aterrorizada les entregué el bolso, aún cerrado, que registraron a fondo, sin por supuesto, hallar nada comprometedor en él. Tras comprobar esto último parecieron tranquilizarse y me dejaron de apuntar con sus armas.

Al cabo de bastantes minutos, para mí los más largos de toda mi vida, apareció un funcionario que hablaba español. Gracias a él se acabaron los malentendidos y me dejaron marchar, eso sí, sin mis queridas cepas, que solo me devolvieron al cabo de unos días cuando les fueron reclamadas por la propia directora de los CDC. Aquella, mi primera noche en los EEUU la

pase maltrecha y sola en un cuartucho de hotel que prefiero no recordar.

Sin embargo, pasado ese primer y desagradable incidente mi estancia en Atlanta siguió, más o meno por los cauces previstos, incluso terminé mi trabajo antes de lo esperado, lo que me permitió el lujo de hacer algo de turismo por el país. Por supuesto, mi inglés mejoró, gracias a lo cual esta vez podré dar mi conferencia en el idioma de Shakespeare. Además, tuve la suerte de dar allí con mi media naranja, o debería decir orange. No obstante, James, el entonces todavía mi novio, ya había decidido venir a vivir a España, lo cual me quitó un enorme peso de encima, pues yo nunca me hubiera hecho a vivir en ese gran país.

Cuando volví, olvidado, ya, el mal trago que pasé en mi llegada al aeropuerto, publiqué mi trabajo y conseguí que la Fundación March me contratara en el puesto de directora. Desde entonces se puede decir que la vida me sonrío, aunque James y yo tuvimos que pasar un duro periodo de acoplamiento pues nuestras costumbres eran diferentes hasta decir ibasta!, aunque ahora las cosas nos van bien. Sin embargo, a veces sueño todavía con la policía que me cacheó en el mismo aeropuerto adonde ahora me dirijo por segunda vez.

En esta ocasión mi único material consiste en mi portátil y una presentación de Power point que da cuenta de mi exposición. No creo que las autoridades encuentren nada sospechoso en ello, pero después de aquella penosa primera vez, quién sabe si no les pareceré una espía pasando información clandestina. En esta ocasión estoy embarazada, y espero, en todo caso, que sean más considerados y no piensen que bajo mi descomunal barriga puedo llevar escondida una bomba atómica o algo peor. Sin embargo, he de reconocer que al recordar las desagradables peripecias sufridas en mi primer viaje, he tenido grandes tentaciones de cancelarlo.

En realidad, entonces todo acabó bien. Sin embargo, a veces aún no me acabo de creer que todo aquello ocurriera en la realidad. Por otra parte, soy una persona muy normal, aunque con una extraña tendencia a meterme en toda clase de líos. Si me creen, pregunten, pregunten a James.